



IDILIO II.

Por un verde bosque  
De denso espesor  
Dó nunca penetran  
Los rayos del sol,  
Con redes y cañas,<sup>1</sup>  
Y de aves en pól  
Vagaba un imberbe  
Tierno cazador.  
Sentado en las ramas  
De un frondoso box,<sup>2</sup>  
Miró de repente  
Al alado Amor:  
Contento el muchacho  
Sus cañas juntó  
Y dijo en su gozo  
Con pueril candor:  
"Oh qué ave tan grande!  
¡Qué presa á hacer voy!"



IDILIO II.

No habrá cazadores  
 En breve cual yo.  
 Que soy el más diestro  
 Dirán á una voz  
 Al ver que en mis redes  
 Tal ave cayó."  
 Mas vano su empeño,  
 Fué vano su ardor,  
 En balde á Cupido  
 Sus redes tendió;  
 De un ramo á otro ramo  
 Volando veloz  
 Burló sus esfuerzos  
 Alígero Amor.  
 Airado el muchacho  
 Sus cañas rompió,  
 Pedazos las redes  
 Hizo en su furor;  
 En llanto deshecho  
 Del bosque salió,  
 Y, entre hondos suspiros,  
 A un viejo pastor  
 Que al arte difícil  
 Su mano adestró,  
 Narró su solemne  
 Desengaño atroz.  
 "¡Oh padre! le dijo,  
 Me abruma el dolor;  
 En vano de caza

IDILIO II.

Prudente leccion  
 Tu sábia experiencia  
 Mil veces me dió:  
 Esa ave que miras  
 De blanco color  
 Con alas doradas,  
 Pluma tornasol,  
 En vano en mis redes  
 Atrapar quise hoy:  
 Huyendo ligera  
 Mi astucia burló."  
 Prudente el anciano,  
 Con ojo avizor,  
 Miró hácia la selva  
 Y al alado Dios  
 Su vista de lince  
 Bien reconoció.  
 Con paterno afecto  
 El buen labrador  
 Sonriendo, la cana  
 Cabeza movió;  
 Y "guárdate, dijo,  
 ¡Oh incauto garzon!  
 Si estimas en algo  
 Tu vida y tu honor,  
 De esa ave maligna  
 No corras en pos;  
 El noble ejercicio  
 Del casto Endimion



IDILIO II.

Dejar para siempre  
 Valiera mejor.  
 ¡Dichoso si nunca  
 La atrapa tu arpon!  
 No es ave ese mónstruo,  
 Es bestia feroz:  
 Verás cuál se vuelve  
 Tu perseguidor;  
 Y apénas el bozo  
 Te apunte precoz,  
 El que hoy de tus redes  
 Ligero escapó,  
 Tu seno de vírgen  
 Hiriendo traidor,  
 Volará á anidarse  
 En tu corazon."



IDILIO III.

A la sombra de una haya frondosa  
 Una tarde tranquilo dormía:  
 De repente hasta mí majestosa  
 La gran Reina de Páfos llegó.  
 Su alba diestra al Amor conducía,  
 Que modesto y sin arco ni aljaba,  
 De la tierra la vista no alzaba;  
 Y así Vénus benigna me habló:

¡Cuál me place la grata dulzura  
 De tus himnos, y el célico fuego;  
 Y esa voz tan süave y tan pura  
 Con que sueles mis glorias cantar!  
 ¡Oh zagal! A Cupido te entrego:  
 Dále, amigo, armoniosas lecciones;  
 Presto sepa tus dulces canciones  
 Repetir tu divino escolar.



IDILIO III.

Citeréa partió; y al momento

Mis sencillas canciones rurales

Al compás de mi rudo instrumento

A enseñar á Cupido empecé.

¡Vano empeño: lecciones fatales!

¡Oh imprudencia de mi ánima incauta!

Cuál Minerva inventara la flauta<sup>2</sup>

Y Mercurio el laúd,<sup>3</sup> le narré.

Yo canté cuál la cítara de oro<sup>4</sup>

Forjó diestro el dulcísimo Febo;

Cómo Pan su instrumento sonoro,<sup>5</sup>

En Arcadia, de cañas formó.

Distraído el alado mancebo

Despreciaba mis castas historias;

Y odas mil entonando amatorias,

Mis idilios jamás escuchó.

De las ninfas del mar las locuras

Seductor celebraba Cupido,

De su Madre las tramas impuras,

Y de Baco el procaz frenesí.

Poco á poco dejé en el olvido

Sepultadas mis églogas todas,

Y de Amor las impúdicas odas,

¡Infelice! muy presto aprendí.



IDILIO IV.

No temen las Piérides hermosas

Las áureas flechas del traidor Cupido;

Antes adoran al rapaz de Gnido,

Y sus pisadas siguen obsequiosas.

Del poeta se alejan desdeñosas

En cuyo seno Amor no encuentra nido;

Mas si álguien canta, de su arpon herido,

Al vate todas cercan presurosas.

Víctima yo de su venganza ruda,

Si á Dioses canto ó ínclitos varones

Se pega al paladar mi lengua muda.

Mas si á Lícida infiel, ó al niño ciego

Emprendo celebrar, en mis canciones,

Cuánta dulzura entónces! cuánto fuego!